COLECCIÓN **NUEVAS VOCES**

Cultura impresa y proyectos políticos en Colombia (1920-1946)



Andrés Caro Peralta

Cultura impresa y proyectos políticos en Colombia (1920-1946)

Para citar este libro:
http://dx.doi.org/10.51573/Andes.9786287903869.9786287903876

Cultura impresa y proyectos políticos en Colombia (1920-1946)

Andrés Caro Peralta

Universidad de los Andes
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Historia y Geografía

Nombre: Caro Peralta, Edgar Andrés, autor.

Título: Cultura impresa y proyectos políticos en Colombia (1920-1946) / Andrés Caro Peralta.

Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia y Geografía, Ediciones Uniandes, 2026. | xxxvi, 287 páginas : ilustraciones ; 17 × 24 cm.

Identificadores: ISBN 9786287903869 (rústica) | 9786287903876 (*e-book*) | 9786287903883 (epub)

Materias: Imprenta – Historia – Colombia | Prensa y política – Historia – Colombia | Industria y comercio del libro – Historia – Colombia | Cultura política – Historia – Colombia

Clasificación: CDD 306.09861–dc21 SBUA

Primera edición: octubre del 2026

© Edgar Andrés Caro Peralta
© Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales
Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque G-GB, piso 6
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 339 4949, ext. 5567
https://cienciassociales.uniandes.edu.co/ediciones/libros/
publicacionesfaciso@uniandes.edu.co

Ediciones Uniandes
Carrera 1.ª n.° 18A-12, bloque Tm
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 3394949, ext. 2133
https://ediciones.uniandes.edu.co
ediciones@uniandes.edu.co

ISBN: 978-628-7903-86-9
ISBN *e-book*: 978-628-7903-87-6
ISBN epub: 978-628-7903-88-3
DOI: http://dx.doi.org/10.51573/Andes.9786287903869.9786287903876

Corrección de estilo: Miguel Ángel Pineda Cupa y Ana María Cobos Villalobos
Diagramación: Nancy Patricia Cortés Cortés
Diagramación de cubierta: La Central de Diseño
Ilustración de cubierta: Diego Sanabria

Impresión:
Imageprinting Ltda.
Carrera 27 n.° 76-38
Teléfonos: 601 631 1350 - 601 631 1736
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Este libro cuenta con el aval de la Facultad de Ciencias Sociales y fue sometido a evaluación de pares académicos.

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 000194 del 16 de enero del 2025, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A Gabriela, Emilse y mis padres
por su infinito amor

Contenido

Lista de recursos gráficos · **xi**

Agradecimientos · **xiii**

Introducción · **xv**
La cultura impresa y la *política de papel* · **xxiv**
Ecosistema de los impresos: materialidad, espacialidad y sociabilidad · **xxxii**

1 Industria gráfica, cultura tipográfica y política · **1**
Hacia un proceso de modernización de la industria de las artes gráficas · 5
Transformaciones técnicas e insumos · 13
Profesionalización del oficio tipográfico · 23
Estado, censura y legislación de prensa · 42

2 Políticas de los impresos: periódicos, revistas y editores · **53**
Hacer cosas con palabras: periódicos y revistas · 55
Revistas político-culturales y la búsqueda de identidades partidarias · 70
El momento editorial: las colecciones de autores nacionales y la aparición del editor de libros políticos · 84

3 Efímeros y política: folletos, carteles y la cultura visual · 109
Folletería y cultura política · 111
Cartelismo, espacio público y murmullo político · 125
Una cultura visual: almanaques, muralismo y pósteres · 137
El desfile de imágenes: carteles ilustrados y pósteres · 146

4 Comercio del libro, librerías y cultura política · 157
Ritmos del comercio del libro y cambio de las sensibilidades lectoras · 159
Las librerías y la profesionalización del oficio · 179
Izquierdas y comercio del libro: entre las pequeñas librerías, las ferias del libro y los espacios autónomos · 187

5 Espacios y prácticas de la lectura política · 215
Alfabetización, política y la construcción de un universo de lectores · 216
Las casas partidarias y los nuevos espacios de lectura popular · 224
Los espacios públicos y la lectura política en la calle · 238
Escuchar leyendo y el murmullo político · 246
El tiempo de la política, lectura y acción electoral · 252

Conclusiones. Cultura política: materialidad, agentes, espacios y prácticas de la lectura · 257

Bibliografía · 265

Lista de recursos gráficos

Gráficas

Gráfica 1. Establecimientos tipográficos e imprentas en Colombia entre 1925 y 1946 · 6

Gráfica 2. Periódicos y revistas publicados entre 1935 y 1946 · 58

Gráfica 3. Volúmenes de importación y exportación de libros en kilogramos, 1920-1946 · 161

Gráfica 4. Comercio de libros entre Colombia, Europa y Estados Unidos, 1920-1946 · 162

Imágenes

Imágenes 1 y 2. Escuela Salesiana Don Bosco y taller tipográfico y de encuadernación · 24

Imagen 3. Cubierta de *Arte Gráfica*, año IV, n.º 7 · 27

Imagen 4. Taller de la Sociedad de Mejoras de Barranquilla · 32

Imágenes 5 y 6. *Acción Liberal*, Bogotá, n.os 13 y 22 · 77

Imágenes 7 y 8. *La Tradición*, Medellín, n.os 18 y 26 · 80

Imagen 9. "El pensamiento de los conductores" · 95

Imagen 10. Ediciones "Antena" · 100

Imagen 11. Ediciones Sociales · 104

Imágenes 12 y 13. Folletos socialistas: Juan de Dios Romero, *Pastoral Laica* y *La voz de los suburbios y las aldeas* · 121

Imágenes 14 y 15. Carteles de propaganda comunista. "Obreros y campesinos" y "Gran manifestación" · 133

Imagen 16. Almanaque obrero y campesino, 1937 · 140

Imagen 17. "Almanaque de la reconquista" · 145

Imagen 18. Manifestación en apoyo a Alfonso López, 1944 · 149

Imágenes 19 y 20. Carteles ilustrados de *Tierra* · 150

Imágenes 21 y 22. Carteles de propaganda de la Casa Liberal · 153

Imagen 23. Proceso del afiche "Con Gaitán a la victoria" · 155

Imágenes 24 y 25. "No compre sus libros a ciegas" y "Textos y útiles escolares" · 186

Imágenes 26 y 27. Partido Comunista en las ferias del libro y las ferias populares del libro · 197

Imagen 28. Café La Cigarra · 212

Imagen 29. La Casa Comunista de Bogotá · 234

Imagen 30. La declaración del Partido Comunista Colombiano · 249

Imagen 31. Lectura de tableros noticiosos · 250

Tablas

Tabla 1. Importación de insumos para imprenta y tipografía, tintas para imprenta, tipos y papel: 1917-1946 (volúmenes en kg) · 16

Tabla 2. Folletos impresos por los socialistas colombianos, 1920-1934 · 115

Agradecimientos

Este libro es una versión de la tesis presentada en el Doctorado en Historia de la Universidad de los Andes, en el año 2022. Un libro es el resultado de conversaciones, encuentros e inspiraciones, por eso quiero agradecer a las distintas personas que me han acompañado hasta este momento en el que un libro toma forma y llega a las manos de sus lectores. Esta obra se ocupa de los distintos agentes y personas que le dan vida a la publicación de un periódico, una hojita suelta, un cartel, un libro o un documento efímero; siguiendo esta idea quisiera reconocer el apoyo en el camino académico, las lecturas, los diálogos, los comentarios generosos y los gestos solidarios y de amistad que hicieron posible esta publicación.

Quisiera agradecer al profesor Ricardo Arias por orientar de manera paciente cada una de las fases de la investigación doctoral, por escuchar mis intuiciones y ayudar a convertirlas en problemas historiográficos. A Juan David Murillo por su amistad, por su acompañamiento en los distintos momentos de esta publicación y porque sus trabajos han abierto una senda de investigación en los estudios de la cultura impresa en los cuales este libro se sitúa y busca generar espacios de conversación. A Catalina Muñoz, de la Universidad de los Andes, y Sebastián Rivera, del Colegio Mexiquense, por su lectura rigurosa y sus valiosas sugerencias en algunas versiones del libro. A la profesora Ana Martínez Rus, que me acogió durante mi pasantía doctoral en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid. Sus valiosos aportes, comentarios e indicaciones en los archivos españoles fueron un momento decisivo y fundamental en el desarrollo de la tesis doctoral.

Al Departamento de Historia y Geografía de la Universidad de los Andes, por propiciar un escenario de formación riguroso, acogedor y edificante en el desarrollo de este trabajo.

A mis amigos Cristhian Bejarano, John Alba, Rodolfo Hernández, David Pulido, Laura Ávila, Catalina Zapata y Cira Mora, por su generosa amistad y sus gestos solidarios en los espacios cotidianos, académicos y laborales que compartimos. A mis estudiantes de la Licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional, que han escuchado de manera paciente algunas de las ideas planteadas en este libro.

A mis padres, hermanas y sobrinos, que me han apoyado en cada proyecto de mi vida y han hecho innumerables sacrificios para adelantar mi formación académica. A Emilse Galvis, que ha alentado de manera cariñosa e incondicional cada etapa de mi vida académica y personal. Finalmente, a mi hija Gabriela, que ha sido el principal soporte emocional para la escritura del libro. Luego de este recorrido entiendo perfectamente que sin su amor no hubiera sido posible llegar a este punto.

Introducción

En 1926, el alcalde encargado de Barrancabermeja le comentaba al ministro de Gobierno que, ante las crecientes tensiones sociales que se vivían entre los trabajadores y la Tropical Oil Company, tuvo que suspender "un periodiquín que se edita aquí para insultar a *outrance* a las autoridades". Como respuesta, los socialistas publicaron y fijaron en las esquinas del municipio "un cartel mural […] salido de las prensas de *El Socialista* de Bogotá"[1] en el que se hacían fuertes denuncias contra el alcalde y los funcionarios de la multinacional petrolera. En 1933, los directores de la Casa Liberal Nacional anunciaron que el propósito de este centro consistía en irradiar la política liberal "por medio del libro, de la revista, de la conferencia hasta llegar a las más apartadas regiones del país"[2]. Más adelante, en la década de 1940, los lectores de la Librería Nueva, cercana a los tradiciones católicas y conservadoras, definían su actividad en la selección y construcción de catálogos en los siguientes términos: "Porque es necesario que los católicos se den cuenta de que nuestra Fe no está solo entre los desposeídos de la ciencia, sino que es don supremo que abraza también los vigorosos entendimientos. La 'Orientación para el lector' es un capítulo muy importante que ojalá se mantenga siempre a esa altura de juicio para una depuración satisfactoria de las lecturas"[3].

1 Barrancabermeja, 16 de octubre de 1926, caja 3, carpeta 4, fol. 33, sección 5.ª, Archivo y Prensa, Ministerio de Gobierno, Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá.

2 "Casa Liberal Nacional", *Cuaderno de difusión ideológica y propaganda*, n.º 1 (Bogotá, s. f.), 32.

3 "Una opinión sobre las lecturas", *Lecturas, Libros e Ideas*, febrero de 1945, 1.

Episodios como estos en los cuales los impresos son considerados elementos imprescindibles de las controversias públicas pueden encontrarse multiplicados a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Distintas culturas políticas identificaron en la actividad impresa un espacio central para situar sus formas de concebir el mundo, controvertir con sus adversarios y defender sus proyectos políticos. Conservadores, liberales, socialistas y comunistas se interesaron por difundir carteles en los espacios públicos; imprimir hojitas, folletos y periódicos; participar en la consolidación del universo de editores nacionales; activar el comercio de libros políticos junto con una red de librerías locales e internacionales, y construir la figura de un lector ideal que respondía a cierto "canon" definido por sus criterios doctrinarios.

La construcción de este complejo universo para la circulación de las ideas fue posible gracias a los cambios de la cultura tipográfica que manifestó signos de transformación desde la década de 1910 con nuevos equipos de impresión, que perturbaron antiguas relaciones laborales en el taller de imprenta, y con nuevas demandas comerciales que aparecían junto al proceso de modernización capitalista[4]. La materialidad del mundo de la impresión configuró un *nuevo régimen tipográfico* caracterizado por la descentralización de los talleres de imprenta en distintas zonas del país, la profesionalización de las actividades tipográficas, inéditos circuitos de venta y consumo de impresos, y la multiplicación de los públicos que eran asediados en su vida cotidiana por hojitas, carteles, periódicos, libros y revistas. Con algunas fluctuaciones en el país se consolidó una industria tipográfica que para 1926 concentraba 281 establecimientos tipográficos, para 1938 calculaba la existencia de 318 imprentas y para 1945 alrededor de 295 talleres dispersos en distintas regiones del país[5].

Las transformaciones que asume la industria gráfica y la multiplicación del consumo de impresos, aunque decisiva para el despliegue de las culturas políticas locales, ha sido marginalmente explorada por la historia política y la historia de la cultura impresa. La materialidad de la cultura tipográfica y otras dimensiones asociadas a la circulación y recepción de las ideas políticas no han sido consideradas más allá de algunas menciones relacionadas con la creación de talleres tipográficos y el auge y declive de la producción de algunas publicaciones[6]. Esta ausencia analítica contrasta con el entusiasmo con el que

4 Luis Carlos Adames, *Memorias de un linotipista* (Andel, 2015), 150.

5 Dirección General de Censos, *Censo general de población, 1938* (Imprenta Nacional, 1940); Dirección Nacional de Estadística, *Primer Censo Industrial de Colombia, 1945* (Imprenta Nacional, 1947); Luis Thorin Casas, *Estadística de la cultura colombiana* (Imprenta Nacional, 1935).

6 Alfonso Rubio y Juan David Murillo, *Historia de la edición en Colombia 1738-1851* (Instituto Caro y Cuervo, 2017); María Cristina Arango, *Publicaciones periódicas en Antioquia 1814-1960* (Fondo Editorial EAFIT, 2006).

liberales, comunistas y conservadores se involucraron en el mundo de la cultura tipográfica, al que contribuyeron con el establecimiento de nuevos talleres y en el que participaron como mediadores en la oferta del mercado tipográfico que se ampliaba en el país.

Desde el siglo XIX, la familiaridad entre el taller de imprenta y las culturas políticas se fue sedimentando con la edición de periódicos, folletos y carteles, a tal punto que la creación de alguna agrupación, partido o asociación estuvo acompañada de la publicación y difusión de sus ideas en estos soportes impresos[7]. Con las transformaciones tipográficas de las primeras décadas del siglo XX, estos sectores encontraron nuevos y atrayentes dispositivos impresos que facilitaron la difusión de sus ideas por la agilidad en la impresión, la composición de los materiales, el aumento de los tirajes y la posibilidad de ubicarlos en espacios íntimos y de la vida cotidiana, como casas de habitación, parques, tranvías, trenes y plazas de mercado. Por ejemplo, la producción de carteles publicitarios se renovó con el vínculo entre el uso de nuevas maquinarias, la formación de ilustradores en la Escuela Nacional de Bellas Artes y las nuevas tendencias internacionales asociadas al cartelismo publicitario y político[8]. Por otro lado, a la producción de folletos se le sumó la publicación de un nuevo género de revistas político-culturales, como *Acción Liberal*, la *Revista Colombiana* y *Guía*, que delinearon algunos debates intelectuales desde la década de 1930. De la misma forma, la exploración de nuevos materiales de composición, diseños y públicos fueron rasgos que acentuaron los debates sobre la publicación de libros políticos y la consolidación de una industria local del libro en un contexto en el que tipógrafos, editores y libreros asumían el desafío de construir la figura de los editores nacionales[9].

A pesar de que las culturas políticas encontraron nuevas posibilidades publicitarias en el taller de impresión, los usos de la prensa como dispositivo central de las disputas por las formas de representación política han sido la matriz sobre la que han gravitado los análisis de los procesos de modernización política y cultural, la acción pública de las culturas políticas y la configuración de la esfera

7 Gilberto Loaiza Cano, *El lenguaje político de la república. Aproximación a una historia comparada de la prensa y la opinión pública en la América española, 1767-1830* (Universidad Nacional de Colombia, 2020).

8 Sergio Alejandro Ferro, *La Escuela Nacional de Bellas Artes, 1920-1940* (Idartes, 2017), 46; John Barnicoat, *Los carteles. Su historia y lenguaje* (Editorial Gustavo Gili, 1972); John Lear, *Imaginar al proletariado. Artistas y trabajadores revolucionarios, 1908-1940* (Grano de Sal, 2019), 27.

9 Sergio Pérez Álvarez, *Cultura editorial literaria en Colombia. Una historia de editores y editoriales en el siglo XX* (Pontificia Universidad Javeriana, Universidad del Rosario y Universidad Autónoma Metropolitana, 2023), 115.

pública[10]. Aunque las investigaciones sobre la prensa contribuyen a entender la dinámica de la actividad pública y otros fenómenos de la modernidad cultural, han tenido mayores limitaciones para explorar un conjunto más amplio de preguntas que ofrece el análisis de otros impresos, como los libros, las revistas, los carteles, los almanaques y los folletos, que desempeñaron una función específica en las definiciones doctrinarias, así como en la configuración de una nueva temporalidad cargada de símbolos, iconografías y otras formas partidarias de intervención pública.

Pensar más allá de la prensa como forma de intervención de las culturas políticas ilumina un mapa de nuevos interrogantes que permite comprender el contexto específico del capitalismo de los impresos en el país y advierte la necesidad de considerar una idea más compleja del proceso de modernidad política y cultural[11]. Es decir, nos podría ayudar a revelar nuevos mecanismos, agentes y espacios en los que se definen los procesos y en los cuales los sujetos y grupos interactúan y confrontan sus visiones de país. En esta línea de análisis se mueven las recientes investigaciones sobre la historia editorial que han revelado el envés de la política, a partir de las experiencias iniciales de edición de libros y colecciones editoriales en las que desfilan algunas figuras del mundo de lo político[12]. En este proceso se ha descifrado parte del complejo panorama de la edición en las décadas de 1920 y 1930, a partir del estudio de editores como Germán Arciniegas, Daniel Samper Ortega y Arturo Zapata, quienes, por medio de las colecciones editoriales, le dieron mayor visibilidad

10 François Xavier Guerra, *Figuras de la modernidad. Hispanoamérica siglos XIX-XX* (Universidad Externado de Colombia y Taurus, 2012), 157; Luz Ángela Núñez, *El obrero ilustrado. Prensa obrera y popular en Colombia 1909-1929* (Ediciones Uniandes y CESO, 2006). Sobre este asunto se puede consultar el *dossier* del *Boletín Cultural y Bibliográfico* de la Biblioteca Luis Ángel Arango titulado "Imprenta, prensa popular y trabajadores (1850-1950)", vol. 52, n.º 94 (2018). Véanse también Álvaro Acevedo y John Jaime Correa, *Tinta roja. Prensa, política y educación en la República Liberal (1930-1946)* (Universidad Industrial de Santander, UIS, 2016); Claudia Angélica Reyes, ed., *Periódico* Tierra. *Discursos visuales en la prensa obrera colombiana* (Ediciones USTA y Editorial Utadeo, 2021).

11 Algunos enfoques renovadores sobre la prensa femenina los plantea Sandra Sánchez-López, *Battles for belonging. Women journalist, political culture, and the paradoxes of inclusion in Colombia, 1943-1970* (Lexington Books, 2024), 21.

12 Rubio y Murillo, *Historia de la edición*; Diana Paola Guzmán *et al.*, eds., *Lectores, editores y cultura impresa en Colombia, siglos XVI-XXI* (Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe [Cerlalc] y Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2018); Renán Silva, *Los ilustrados de la Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación* (Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2002); Gilberto Loaiza Cano, "La expansión del mundo del libro durante la ofensiva reformista liberal. Colombia, 1845-1886", en *Independencia, independencias y espacios culturales. Diálogos de historia y literatura*, ed. Carmen Elisa Acosta, César Augusto Ayala y Héctor Cruz (Universidad Nacional de Colombia, 2009).

a un conjunto amplio de autores nacionales[13]. Sin embargo, la historiografía que se ha aproximado a este periodo ha depositado el peso de las transformaciones de la cultura impresa en la dinámica de la República Liberal (1930-1946), en la que se adelantaron propuestas para la construcción de una ciudadanía letrada mediante la reestructuración de la Biblioteca Nacional (1931), la creación de la Biblioteca del Maestro (1932), la difusión de la Biblioteca Aldeana (1934) y la creación de las ferias de libro que inicialmente funcionaron en Bogotá (1936) y que luego se irradiaron por distintas capitales del país.

En algunos de estos trabajos, se suele confundir la producción y circulación de libros con la cultura impresa que abarca elementos mucho más amplios y que no se reduce a la acción del Estado y a los libros como dispositivo para la creación de una ciudadanía mediada por los impresos. Además, algunas de estas perspectivas historiográficas convierten las representaciones de intelectuales y políticos liberales (que formaban parte de la institucionalidad del Estado liberal) en premisas sobre las que se levanta una visión de lo que ocurría en la cultura impresa en los periodos precedentes[14]. Más allá de esta lectura liberal sobre la configuración de la actividad impresa y la cultura durante los gobiernos conservadores, la historia de la edición local y regional ha participado en la jerarquización de soportes impresos con los que las culturas políticas actúan y reconfiguran la opinión pública. Esta lectura que ha construido el relato historiográfico contrasta con la visión de los actores políticos del periodo que fueron sensibles a la versatilidad de otros impresos, como los carteles, folletos y almanaques, en los cuales, también, reconocieron la necesidad de anclar su actividad política y las disputas por los proyectos de nación.

Este contexto de transformaciones en la cultura tipográfica coincide con importantes quiebres de la cultura política local y transnacional en la que irrumpieron las organizaciones anarquistas, socialistas y comunistas, mientras que la estructura doctrinaria de las tradiciones liberales y conservadoras se agrietaba y se asomaban nuevas tendencias. En el periodo de estudio se hace evidente una reconfiguración de la cultura política con nuevas fuerzas en la vida pública como el Partido Socialista (1919-1924), las pequeñas agrupaciones anarquistas y el Partido Socialista Revolucionario (1926-1929), las cuales expresan otras

13 Paula Andrea Marín Colorado, *Un momento en la historia de la edición y de la lectura en Colombia (1925-1954)* (Universidad del Rosario, 2017); Paula Andrea Marín Colorado, "Diversificación del público lector en Bogotá (1910-1924). Un análisis de las revistas ilustradas *El Gráfico* y *Cromos*", *Historia y Memoria*, n.º 13 (2016): 185-214; Miguel Ángel Pineda Cupa, *Editar en Colombia en el siglo xx. La Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, 1928-1937* (Ediciones Uniandes y Editorial Utadeo, 2019).

14 Véanse Renán Silva, *República Liberal, intelectuales y cultura popular* (La Carreta Editores, 2012), y Pineda, *Editar en Colombia*.

formas de pensar el cambio y la transformación social[15]. Al mismo tiempo, se produjeron grietas en la cultura liberal y conservadora ante el apego a las formas convencionales de concebir la acción política y, como consecuencia de esto, el relativo distanciamiento con los sectores populares[16]. Para el caso de la cultura conservadora, la sensibilidad leoparda, que agrupó a los jóvenes con tendencias profascistas y nacionalistas, constituyó uno de los signos de renovación cultural en sus formas de concebir el orden, el lenguaje, la acción y la organización de la sociedad[17]. Por su parte, en las décadas de 1930 y 1940 se hace patente un vuelco en las culturas políticas locales con la llegada de los gobiernos de la República Liberal (1930-1946), la aparición del Partido Comunista de Colombia (PCC) en 1930 y las nuevas líneas de fuga que se desprenden de la institucionalidad conservadora y liberal, como la Unión Nacional de Izquierdas Revolucionarias (UNIR) (1933-1935), la Acción Nacional Popular (ANP) (1936) y la Liga de Acción Política (LAP) (1943). Todos estos elementos estuvieron asociados a un reacomodo de las ideologías transnacionales, como el fascismo, el comunismo, el latinoamericanismo, el hispanismo y el populismo, que encarnaban nuevos elementos simbólicos, discursivos, semióticos y prácticos que redefinieron las formas de hacer y de concebir la acción política.

Considerar la pluralidad de las *culturas políticas* permite advertir el juego de interacciones más complejo, en el que los elementos simbólicos, discursivos y prácticos de cada cultura política se definen también en las relaciones de poder y en las respuestas que ofrecen sus adversarios, cuestiones que en ocasiones los estudios segmentados suelen perder de vista[18]. Además, la interacción puede servir como un elemento corrector para explorar el panorama más complejo de actores que forman parte del juego político en el contexto colombiano. En perspectiva analítica, las culturas liberales y conservadoras han sido exploradas con mayor detenimiento, mientras que de manera más reciente los estudios sobre la cultura de izquierdas se abren paso mediante el análisis de las mediaciones intelectuales, la relación con los movimientos sociales y su actividad editorial, renglones con los que se intenta mostrar una lectura más matizada de aquella que simplifica su acción por su fragmentación política o que la concibe

15 Isidro Vanegas, *Los socialistas colombianos* (Ediciones del Plural, 2024); Renán Vega, *Gente muy rebelde*, vol. 4, *Socialismo, cultura y protesta popular* (Ediciones Pensamiento Crítico, 2002).

16 Christopher Abel, *Política, Iglesia y partidos en Colombia* (FAES-Universidad Nacional de Colombia, 1987).

17 Ricardo Arias, *Los Leopardos. Una historia intelectual de los años 1920* (Ediciones Uniandes, 2013); César Augusto Ayala, *El porvenir del pasado: Gilberto Alzate Avendaño, sensibilidad leoparda y democracia. La derecha colombiana de los años treinta* (Fundación Gilberto Alzate Avendaño, Gobernación de Caldas y Universidad Nacional de Colombia, 2007).

18 Francisco Gutiérrez, *La destrucción de una República* (Universidad Externado y Taurus, 2017).

como un apéndice de las políticas liberales y de las corrientes del comunismo transnacional[19].

En este cruce entre de las transformaciones de la cultura impresa y cultura política, este libro se propone pensar la manera como la cultura impresa definió elementos de las *formas de hacer* y de *actuar* de las culturas políticas colombianas en el periodo que va de 1920 a 1946. Dicho de otro modo, este trabajo se propone mostrar que el mundo de la cultura impresa, que abarca un conjunto de soportes que transmiten palabras e imágenes, así como la acción de tipógrafos, voceadores, libreros, editores y espacios como librerías, bibliotecas, casas partidistas, calles, plazas públicas y lectores, delineó un campo de intervención que fue concebido como un escenario de interacción y controversia política.

Restituir el lugar que ocupan distintos impresos, los agentes que intervienen, los espacios de circulación y de lectura, y reconocer las relaciones sociales que allí subyacen, supone una comprensión más articulada del proceso histórico en el que se desarrolló la acción política en este periodo, cuando los mecanismos de intervención y los proyectos de país se enlazaron al ecosistema de producción y circulación de los impresos en la sociedad. En otras palabras, el uso versátil de los dispositivos impresos orientó las formas de las disputas hacia la construcción de un circuito en el que las redes de lealtades comerciales y políticas con libreros, tipógrafos, voceadores y editores desempeñaron un papel decisivo en las formas de intervención públicas en este tiempo. Por ejemplo, mientras que el comercio del libro político se desarrollaba de manera articulada con los meandros del comercio internacional del libro, se multiplicaron los espacios de lectura con un *nuevo impulso asociativo* en el que las casas partidarias (Casa Conservadora, Casa Liberal, Casa Comunista y Casa Gaitanista), que se extendían por distintas regiones del país, ofrecían numerosos impresos, cursos políticos y muestras culturales. Asimismo, involucraban otros aspectos de la modernidad cultural como las fiestas populares

19 Mauricio Archila *et al.*, *Una historia inconclusa. Izquierdas políticas y sociales en Colombia* (Cinep, 2009); desde la perspectiva de la historia intelectual se pueden citar los trabajos de Francisco Flórez Bolívar, *La vanguardia intelectual y política de la nación. Historia de una intelectualidad negra y mulata en Colombia, 1887-1947* (Crítica, 2023) y Sandra Jaramillo, *Hombres de ideas. Entre la revolución y la democracia* (Ariel, 2013). Para el caso latinoamericano se puede consultar: Carlos Illades, coord., *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México* (Secretaría de Cultura y Fondo de Cultura Económica, 2017), 237; Rodrigo Czajka y Rodrigo Patto Sá Motta, orgs., *Comunistas brasileiros. Cultura política e produção cultural* (Editorial UFMG, 2013), 18, y Clara E. Lida y Pablo Yankelevich, *Cultura y política del anarquismo en España e Iberoamérica* (El Colegio de México, 2012), 10.

que se amenizaban al ritmo de los aires sonoros de moda, las proyecciones cinematográficas y el uso de la radio[20].

La creación de estos espacios de sociabilidad renovó la relación política de los sectores populares con las culturas políticas y sirvió como núcleo para la consolidación de estos proyectos políticos. Junto con estos espacios de la institucionalidad partidaria, las culturas políticas saturaron el espacio público con periódicos, hojas sueltas, carteles y afiches en las esquinas de las calles y plazas concurridas, en los desfiles políticos y las manifestaciones en las que las imágenes de los dirigentes políticos se multiplicaban por la acción de ilustradores, publicistas y talleres tipográficos. La lectura pública de impresos políticos fue asentándose como una práctica común en las fincas, los escampados, las estaciones de tren, los ferrocarriles y los tranvías, donde los lectores y sus impresos hacían un viaje de ida y vuelta, de los espacios públicos a los privados. La articulación entre nuevos espacios y soportes fue creando una práctica de lectura alejada en la mayoría de los casos de los espacios sosegados y discretos en los cuales se difuminaban las distinciones de la modernidad ilustrada entre alfabetas y analfabetas, y entre los que tenían la capacidad de leer, opinar y discutir[21].

En términos más claros, la cultura política en este periodo se construyó a partir de los *periódicos*, que articulaban los diferentes proyectos políticos a nivel nacional y les ofrecía un lugar en la opinión pública; con *libros* que representaban la autoridad discursiva de sus líderes; con *revistas* que mostraban las tendencias y orientaciones doctrinarias y estéticas de los nuevos tiempos; con *hojas sueltas* y *panfletos* que se multiplicaban en reuniones públicas, plazas y veladas culturales; con *carteles* que facilitaban la lectura pública y la controversia inmediata; con *imágenes impresas* que allanaron el terreno para la construcción de panteones con iconografía partidista y una imaginería política propia; con *redes de circulación* construidas con libreros y catálogos que mostraban las nuevas sensibilidades de los lectores; con *espacios de sociabilidad* propios como las casas partidarias y con la definición de un *conjunto de prácticas y espacios de lectura* que se multiplicaron en las calles, plazas, aceras y esquinas.

Todo lo anterior pone en tensión los límites cronológicos con los que los estudios históricos han pensado los quiebres temporales de la cultura impresa y la política[22]. *Cultura impresa y proyectos políticos en Colombia (1920-1946)* pro-

20 Catalina Castrillón, *Todo viene y todo sale por las ondas. Formación y consolidación de la radiodifusión colombiana, 1929-1954* (Universidad Nacional de Colombia, 2015), 73.

21 David M. Henkin, *City reading. Written word public spaces in antebellum New York* (Columbia Univesity Press, 1998), 13.

22 Rubén Sierra Mejía, ed., *La restauración conservadora, 1946-1957* (Universidad Nacional de Colombia, 2012).

pone pensar más allá de la periodización tradicional que encuentra en los cambios de Gobierno factores que explican las transformaciones en la vida política y cultural, o de las representaciones con las que se ha leído la relación entre cultura y política en las décadas de 1920 y 1940. En esta dirección, se intentan recuperar recortes temporales sensibles a la cultura impresa como un escenario complejo en el que incidieron distintos agentes, espacios y formas de intervención pública. Asimismo, este libro se inserta en uno de los filones analíticos de la historia política reciente que intenta liberar a la cultura política de la primera mitad del siglo XX del corsé de la espiral de la violencia con la que se han tratado de asociar las raíces del conflicto armado contemporáneo[23].

El campo de producción y circulación de impresos fue un escenario de tensión y controversia constante, cuestión que define el sentido mismo de las prácticas en el mundo de los impresos. Se imprime para construir una comunidad de enunciación política, pero también para diferenciarse e impugnar a los adversarios, para redefinir el orden de la sociedad o para mantenerlo. Este hecho, que también puede ser común para otras culturas políticas de la región, permite pensar en otros elementos que han caracterizado a las culturas políticas locales y matizar aquellas interpretaciones que por mucho tiempo han permanecido fijas, en las discusiones académicas y en la opinión, y que intentan hallar en la dinámica pública desarrollada entre 1920 y 1940 las raíces de violencia que tuvo como punto de quiebre el año 1948 con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Las perspectivas de larga duración, siempre muy provechosas y necesarias en algunos casos, han hallado en el hilo de la violencia los fenómenos que hilvanan la cultura política en distintos periodos, como si todas las acciones públicas se ajustaran a la necesidad de la eliminación física de los adversarios políticos[24]. Estas interpretaciones sobre las culturas políticas, que en ocasiones absolutizan la violencia

23 Los estudios sobre la violencia desarrollados en las décadas de los ochenta y noventa intentaron encontrar en las formas de hacer la política en los treinta y cuarenta un hilo conductor de prácticas que generaron la exclusión y la eliminación física de los opositores. Véase Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, comps., *Pasado y presente de la Violencia en Colombia* (La Carreta Editores, 1986). También el informe actual de la Comisión de la Verdad *No matarás. Relato histórico del conflicto armado interno en Colombia* acentúa los rasgos de la cultura política al enmarcarlos en la búsqueda de la eliminación y violencia física, pues siguen, en algunos casos, atrapados en la "prisión historiográfica" de los estudios sobre la violencia.

24 El enfoque de la violencia como una matriz central de la cultura política ha sido problematizado por la historiografía; para esto, véase Eduardo Posada Carbó, *La nación soñada: violencia, liberalismo y democracia en Colombia* (Norma, 2006). Otros estudios siguen algunas de estas interpretaciones e intentan superar la matriz de la violencia de la cultura política colombiana en periodos distintos. Véanse Carlos Camacho Arango *et al.*, eds., *Paz en la República. Colombia, siglo XIX* (Universidad Externado de Colombia, 2018), y Robert A. Karl, *La paz olvidada* (Librería Lerner, 2019).

como el mecanismo principal de la vida pública en el país, han despojado por mucho tiempo un análisis en el que figuran otras variables que nos ayudarían a precisar mejor, a partir de nuevas preguntas, cuáles son los rasgos que definieron la acción política y cultural en este periodo de la historia nacional.

La cultura impresa y la *política de papel*

Las aproximaciones iniciales al estudio de la cultura impresa se desprenden de los trabajos pioneros de Elizabeth Einstein, quien consideró la aparición de la imprenta y la multiplicación de sus usos en la temprana modernidad como una gran revolución que definió un cambio de prácticas y comportamientos con respecto al poder[25]. Aunque algunas de las afirmaciones sobre el impacto de la imprenta fueron matizadas y rápidamente se demostró la supervivencia de otras formas de comunicación y soportes en la circulación de las ideas, la categoría de *cultura impresa* fue tomando forma en los estudios históricos. Algunas de sus vertientes se ampliaron en los estudios de la historia del libro en los trabajos de Roger Chartier, Robert Darnton, y en los más recientes de Nicholas Barker, Leslei Howsam y Peter Raven, quienes asimilaron algunos rasgos de la cultura impresa a la producción, la circulación y los usos de los libros en la sociedad[26].

A partir de estos trabajos la categoría de cultura impresa ha demostrado su capacidad analítica para mediar en la comprensión de las relaciones de poder que se construyen con la difusión de los impresos, la temporalidad en la que discurren, su movilidad espacial y la doble naturaleza de los impresos: como signo cultural y mercancía. Asimismo, con esta categoría se ha desentrañado la fuerza material de los impresos, la manera en que definen múltiples prácticas de lectura enlazadas con espacios en donde irrumpen nuevos lectores, que orientan sus formas de actuar en un escenario común a partir del contacto con la palabra impresa[27]. Estas aproximaciones, además, han elaborado sofisticadas

25 Elizabeth Einsentein, *La imprenta como agente de cambio* (Fondo de Cultura Económica, 2010), 52.

26 Leslie Howsam, *Old books and new histories: An orientation to studies in book and print culture* (University of Toronto Press, 2006), 4; James Raven, "'Print culture' and the perils of practice", en *The perils of print culture*, ed. Eve Patten y Jason McElligott (Palgrave Macmillan, 2014), 224; Thomas R. Adams y Nicholas Barker, "A new model for the study of the book", en *A potencie of life. Books in society*, ed. Nicholas Barker (The British Library, 2001), 5-13; James Raven, *What is the history of the book?* (Polity Press, 2018).

27 Alejandro E. Parada, "La historia de la lectura revisitada. Debates en torno a la ambivalencia", en *Minúscula y plural. Cultura escrita en Colombia*, coord. Alfonso Rubio (La Carreta Editores, 2016), 19; Alejandro E. Parada, ed., *Cruces y perspectivas de la cultura escrita en la Argentina*

propuestas metodológicas para el análisis de los agentes e intermediarios que participan en el ecosistema de la producción, la circulación y el consumo con el que se hace más perceptible la configuración de la cultura impresa como un proceso social en el que intervienen múltiples sujetos que interactúan de distintas formas. A partir de esto, tenemos una idea más precisa de los elementos y agentes que componen el complejo sistema social que va del taller de impresión, los espacios de circulación, venta y consumo de impresos y que llegan hasta el lector que recrea y le da sentido a las imágenes y los textos que lee[28].

La categoría de cultura impresa que estos investigadores han elaborado se constituye en el punto de partida de un campo de estudios que recientemente ha ampliado su análisis para dar lugar al reconocimiento de otros soportes impresos, distintos agentes y prácticas de lectura que también integran este proceso. Algunas de las principales hipótesis de estas nuevas vertientes de análisis han orientado la mirada hacia la función decisiva de los impresos efímeros en los consumos de la vida cotidiana y el dinamismo que su producción les dio a los talleres tipográficos. De manera más precisa, el historiador Michel Twyman ha sugerido que la artificial equivalencia entre cultura impresa y libros ha limitado la comprensión del valor comercial y cultural que le otorgó al mundo tipográfico la impresión de carteles, la publicidad impresa y las pequeñas hojas[29]. Además, a partir del análisis del impacto que tienen los efímeros en la sociedad, se pone en tensión la asimilación de la cultura impresa con la cultura del libro, o lo que denomina François Waquet la "sacralización del libro" como fuente central de autoridad de la modernidad ilustrada[30].

Al traspasar este umbral analítico, que restringía la cultura impresa a la cultura del libro, se iluminan otras dimensiones de los impresos como dispositivos que configuran y les dan sentido a las relaciones sociales que se establecen en el proceso de la producción, circulación y consumo. Siguiendo la perspectiva del historiador William Acree podemos señalar que la cultura impresa se forma a partir de los "vínculos que conectan los públicos lectores —tanto alfabetizados como analfabetos— con los medios impresos y los

---

(Universidad de Buenos Aires, 2013); Armando Petrucci, *La ciencia de la escritura. Primera lección de paleografía* (Fondo de Cultura Económica, 2003).

28 Robert Darnton, "¿Qué es la historia del libro?", en *El beso de Lamaourette. Reflexiones sobre la historia cultural* (Fondo de Cultura Económica, 2010), 117; Raven, *What is the history of the book?*

29 Michel Twyman, "The long-term significance of the print ephemera", *RBM: A Journal of Rare Books Manuscripts and Cultural Heritage* 9, n.º 1 (2008): 20; James Wald, "Periodicals and periodicity", en *A companion to the history of the book*, ed. Simon Eliot y Jonathan Rose (Wiley-Blackwell, 2009).

30 François Waquet, *Hablar como un libro. La oralidad y el saber entre los siglos XVI y XX* (Ampersand, 2021), 59.

textos", que concierne "a las relaciones entre las prácticas de lectura y escritura, por un lado, y las conductas sociales, los valores individuales y colectivos, las transacciones económicas, las decisiones políticas, las instituciones estatales y las ideologías"[31]. Esta definición remite a un campo de estudio que modula el análisis de formas efímeras como panfletos, carteles y pequeños impresos junto con la producción de elementos más "robustos" como los libros, las revistas y los volúmenes encuadernados[32]. Además, se integran allí elementos como la multiplicación de espacios para la circulación y el consumo de impresos y la definición de unas prácticas de lectura específicas en las que se conectan distintos públicos alfabetos y aquellos que no tenían incorporado este código, pero que aun así participaban en la esfera pública.

A la luz de esta definición es posible considerar tres facetas importantes que orientan el análisis de este libro: en primer lugar, la singular cadencia de las transformaciones de la cultura tipográfica y el capitalismo de los impresos, cuyos ritmos deben entenderse a partir de los procesos particulares del desarrollo de la industria tipográfica en cada contexto. Con esto, se espera superar algunas visiones teleológicas que consideran el desenvolvimiento de la cultura impresa orientada a la producción de libros como el eslabón más alto de esta cadena de producción[33]. La cultura impresa vista desde su faceta material considera la contextura específica de la industria gráfica y la manera en que distintos soportes impresos se anclan a las necesidades publicitarias, literarias, comerciales y políticas que le dan sentido a la función social de los impresos en la sociedad.

En segundo lugar, el libro propone una lectura de los agentes que permiten que las prácticas de la cultura impresa se afiancen y propaguen. Si bien este ha sido un componente central de la noción del circuito de los impresos, en ocasiones ha prevalecido cierta jerarquía sobre la función de algunos de los agentes que hacen posible su vida, como, por ejemplo, los editores y libreros que definen gustos lectores, mientras que tipógrafos y voceadores participan a partir de la producción y su circulación. Este canon interpretativo ha sido repensado por la historiadora Corinna Zeltsman, quien considera que el taller de impresión y los tipógrafos deben ser analizados como un microcosmos de la sociedad que se configura a partir de una red íntima de intercambios en los cuales la libertad de opinión también se disputa en las dimensiones materiales del taller y

31 William Acree, *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910* (Prometeo, 2013), 16.

32 Eve Patten y Jason McElligott, eds., *The perils of print culture: Book, print and publishing history in theory and practice* (Palgrave Macmillan, 2014), 4.

33 Wald, "Periodicals and periodicity".

las relaciones laborales que allí se manifiestan[34]. En este sentido, la lucha por la libertad de opinión, la construcción de gustos de los lectores y la búsqueda por orientar sus sensibilidades no son atributos exclusivos de unos sujetos más "visibles" en el circuito, sino que todos los agentes participan en estas funciones que constituyen la vida social de la cultura impresa[35].

En tercer lugar, la cultura impresa valora la manera en que la materialidad de los impresos se manifiesta en las prácticas de lectura, las cuales se desarrollan de manera simultánea en múltiples espacios como plazas, tranvías, ferrocarriles y calles, y que se complementan con la creación de espacios institucionales como la escuela, los gabinetes de lectura, las bibliotecas públicas y las casas partidarias. David M. Henkin sugiere que el paradigma de la historia de la lectura en Occidente ha definido esta práctica como un proceso tendiente al desarrollo en espacios privados; sin embargo, para el historiador estadounidense, los lectores se resisten a estar confinados en la esfera privada y doméstica y aparecen en otros espacios de la vida pública como calles, aceras y plazas[36]. Estas experiencias y prácticas de la lectura en los espacios públicos y privados conviven y se interconectan con prácticas de oralidad y de escucha, que no son solo formas tradicionales que sobrevienen del pasado que se resiste a pasar, sino que son decisivas para la configuración de la opinión pública. Con esto se amplifica la relación entre la cultura oral y la cultura visual, pues se asumen prácticas de lectura, como aquella de "escuchar leyendo", que se genera en los corrillos de las esquinas, aceras y plazas ante el periódico y los carteles fijados en el espacio público. Este punto se vincula con el enfoque trazado por la historiadora Cristina Soriano, quien ha reflexionado sobre la aparición de la esfera pública mediada por distintos escenarios y prácticas en los que la interpretación sobre el consumo y la circulación de impresos se desprende de las formas de sociabilidad de las élites letradas. En ese sentido, se consideran mecanismos como el rumor, la lectura colectiva, el préstamo de impresos y su circulación de mano en mano en espacios cotidianos, a través de los cuales transitan las ideas en la sociedad[37].

34 Corinna Zeltsman, *Ink under fingernails. Printing politics in nineteenth-century Mexico* (University of California Press, 2021), 10.

35 Robert Darnton, "Los intermediarios olvidados de la literatura", en *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural* (Fondo de Cultura Económica, 2010), 147.

36 Henkin, *City reading*, 6.

37 A pesar de que el análisis de Soriano se sitúa en la Capitanía de Venezuela, en una sociedad tardío-colonial que no cuenta con imprenta, de sus estudios se desprenden cuestiones centrales para pensar otras formas de configuración de la esfera pública. Véase Cristina Soriano, *Tides of revolution: information, insurgencies, and crisis of colonial rule in Venezuela* (University of New Mexico Press, 2018).

Esta comprensión sobre la cultura tipográfica, los agentes que participan y las prácticas de lectura permite reelaborar la relación entre política y modernidad, que se ha atado a las distinciones básicas entre letrados y no letrados, entre lo público y lo privado, entre oralidad y escritura. Para autores como Habermas, la esfera pública se constituía a partir de los modos de enunciación que enlazaban la aparición de la prensa con las formas de sociabilidad burguesa; allí los sujetos letrados participaban del mundo común con incidencia en el debate público, mientras que para el resto su participación se desplegaba como mera existencia[38]. En esta noción resuena la idea de la "historia como una sala de espera" en la cual, para entrar al juego de la modernidad política, había que cumplir con los criterios ya preestablecidos por los modelos más o menos fijos de las "prácticas ilustradas", sus dispositivos y formas de acción pública[39].

Nancy Fraser ya había alertado sobre la manera en que esta definición de la esfera pública se construyó bajo exclusiones y estrategias de distinción que no contemplaban la diversidad de formas para acceder a la vida pública y las múltiples esferas públicas existentes[40]. Así, pensar la modernidad política y cultural desde las múltiples facetas de los impresos posibilita considerar los agentes que intervienen, los espacios de la sociabilidad como librerías y bibliotecas, pero también plazas, "escampados" y las calles que fueron escenarios centrales de la construcción de la esfera pública en donde los impresos se multiplicaron. En suma, la restitución de las múltiples formas de los impresos políticos, la singularidad de los espacios, los actores y las prácticas de lectura se constituyen, todos ellos, en gestos democráticos para pensar en la vida pública local.

Restituir la dinámica de la cultura impresa dirige la atención hacia una *comprensión material de la cultura política*. Existe una larga tradición de estudios históricos con enfoques diversos que han problematizado la categoría de cultura política y han explorado fructíferos escenarios de investigación para pensar la pregunta sobre los marcos culturales de la acción política[41]. Este debate, que fue instalado en la década de 1970 en la ciencia política, se ha nutrido de los desarrollos historiográficos de Serge Berstein, François Sirinelli, Lynn Hunt, Keith Baker, entre

38 Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública* (Gustavo Gili, 1994), 4.

39 Dispesh Chakrabarty, *Al margen de Europa. ¿Estamos ante el final del predominio cultural europeo?* (Tusquets, 2008), 35.

40 Nancy Fraser, "Rethinking the public sphere: A contribution to the critique of actually existing democracy", *Social Text*, n.º 25-26 (1990): 56-80.

41 Algunos balances sobre los usos de la categoría de *cultura política* en la disciplina histórica se pueden encontrar en Manuel Pérez Ledezma y María Sierra Alonso, *Culturas políticas: teoría e historia* (Institución Fernando el Católico, 2010); Adriana Rodríguez Franco, "Reflexiones sobre el concepto *cultura política* y la investigación histórica de la democracia en América Latina", *Historia y Memoria*, n.º 14 (2017): 205-247.

otros. En el contexto latinoamericano, inscritos en la revisión del largo siglo XIX, han aparecido propuestas notables para estudiar la soberanía, la configuración de la esfera pública y la construcción de ciudadanías; para el caso de la historia contemporánea, se han explorado los problemas de la violencia y, de manera más reciente, el estudio de los lenguajes políticos y la historia de la edición[42].

La perspectiva de Berstein, centrada en la forma en que la acción política elabora una visión común del mundo, aunque revisada por enfoques recientes[43], sigue siendo útil ya que considera la cultura política un conjunto de valores históricamente sedimentados y transmitidos por medio de la socialización, los cuales fundamentan una visión general del mundo[44]. Esta perspectiva permite comprender las formas en que se construye una visión del pasado producto de una memoria común, con arquetipos y elementos simbólicos diferenciados; una representación sobre la naturaleza del sistema político y las formas de organización del mundo que se articulan a comunidades políticas nacionales y transnacionales, que encarnan propuestas sobre una sociedad ideal y los mecanismos para alcanzarla.

La definición que proponemos de cultura política problematiza aquellas interpretaciones que se derivan de la perspectiva de Keith Beker, en la cual se contraen los rasgos centrales de cultura política a la "transferencia de la autoridad lingüística", mediante la que se "reafirman o se desautorizan" las demandas políticas[45]. Aunque el cambio lingüístico y los patrones conceptuales son facetas importantes de la contienda pública, se trata de pensar, siguiendo a Pierre Rosanvallon, en un "nivel 'bastardo' de aprehensión de lo político para hacer visibles los "entrelazamientos entre las prácticas y representaciones"[46]. A la luz de estos elementos, *Cultura impresa y proyectos políticos en Colombia (1920-1946)* explora la historia material de los marcos culturales de la acción política, es decir, se ocupa de las *formas cotidianas del hacer* en el mundo de los impresos con los

42 Martha Elena Casaús y Patricia Arroyo, "El tiempo de la cultura política en América Latina: una revisión historiográfica", en *Culturas políticas, teoría e historia*, ed. Manuel Pérez Ledezma y María Sierra Alonso (Instituto Fernando el Católico, 2010), 133.

43 Miguel Ángel Carrera, "La investigación histórica y el concepto de *cultura política*", en *Culturas políticas, teoría e historia*, ed. Manuel Pérez Ledezma y María Sierra (Instituto Fernando el Católico, 2010), 50; José María Sánchez-Prieto, "De los conceptos a las culturas políticas. Perspectivas, problemas y métodos", *Anthropos*, n.º 223 (2009): 116.

44 Serge Berstein, "La cultura política", en *Para una historia cultural*, dir. Jean-Pierre Rioux y Jean François Sirinelli (Taurus, 1999), 390; Serge Berstein, "L'historien et la culture politique", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, n. º 35 (1992): 69.

45 Keith Michael Baker, "El concepto de *cultura política* en la reciente historiografía sobre la Revolución francesa", *Ayer* 62, n.º 2 (2006): 94; Berstein, "La cultura política", 399.

46 Pierre Rosanvallon, *Por una historia conceptual de lo político* (Fondo de Cultura Económica, 2003), 48.

cuales distintos sectores interesados en incidir en la esfera pública buscaron construir una "visión global del mundo general", articulada con un proyecto futuro de la sociedad.

Este enfoque sobre la cultura política coincide con el viraje del "giro material" de las prácticas intelectuales y la historia política, que han encontrado en la "civilización de lo impreso" un anclaje preciso para analizar las formas de mediación simbólica y lingüística, así como la construcción de una memoria común que navega entre imágenes y materialidades impresas[47]. Este "giro material", según Anthony Grafton, se ubica en los estudios pioneros de Darnton, Chartier y Gizburg, quienes se aproximaron a la historia de la edición, del libro y la lectura como una materialidad cargada de significados en la que es posible rastrear relaciones sociales[48]. La historia intelectual y política latinoamericana ha retomado estos elementos para considerar las materialidades de lo político, en las que, siguiendo a la historiadora Victoria Viu, se ensamblan una serie de elementos impresos con "una temporalidad e intensidad propias, dadas por sus posibilidades técnicas y las prácticas de las que han formado parte" y que posibilitan "nuevas formas de percepción […] que fueron capaces de incorporar lenguajes, imaginarios y materialidades anteriores"[49].

El ajuste analítico propuesto desde las materialidades de lo político puede reponer algunas de las dinámicas y los canales para la construcción de la cultura política que han sido objeto de interés para la controversia historiográfica. En este debate, *Cultura impresa y proyectos políticos en Colombia (1920-1946)* cobra sentido porque permite explorar algunos de *los mecanismos materiales de la contienda pública* involucrados en las condiciones de producción y creación de los impresos, las dimensiones de la circulación y de consumo que repercuten en los significados que las culturas políticas despliegan en la sociedad. En términos más claros, la relación entre cultura impresa y cultura política permite considerar los vectores de difusión de la cultura política y las formas en que las materialidades impresas contribuyen a las disputas en la esfera pública. Además,

47 Karin Littau, *Teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía* (Manantial, 2006), 18; Ezequiel Saferstein, "Entre los estudios sobre el libro y la edición: el 'giro material' en la historia intelectual y la sociología", *Información, Cultura y Sociedad*, n.º 29 (2013): 139-166; François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual* (Publicacions de la Universitat de València, 2003), 159.

48 Anthony Grafton, "La historia de las ideas. Preceptos y prácticas, 1950-2000 y más allá", *Prismas* 11, n.º 2 (2008): 143-144.

49 Victoria Viu, *Materialidades de lo impreso. Revistas latinoamericanas* (Metales Pesados, 2019), 9. El estudio de la materialidad impresa que le da forma a la cultura política se puede ver en el trabajo de Natalia Bustelo, *Inventar a la juventud universitaria. Una historia político-cultural del movimiento argentino de la Reforma Universitaria (1900-1930)* (Eudeba, 2021).

complejiza el análisis de las formas de sociabilidad de lo político en el que los rituales, los símbolos y las prácticas se activan en espacios donde circulan los impresos, como bibliotecas, plazas públicas, librerías y casas del pueblo, como también se convierten en nodos que sirven para representar las formas comunes de la acción. Por último, los agentes de la mediación de lo político, que no son solo los dirigentes o las figuras representativas de la vida pública, sino otros sujetos como los impresores, tipógrafos, libreros, voceadores, entre otros, que median y posibilitan las formas en que se manifiesta el debate público.

Así, esto implica un análisis de la cultura política como el conjunto de discursos y prácticas materiales y simbólicas, mediante los cuales se expresa un campo de fuerzas en las que interactúan distintos grupos e individuos que negocian, imponen e implementan sus demandas enlazadas con la producción, la circulación y el consumo de impresos[50]. Ahora bien, existen patrones de acción y prácticas impresas que son comunes a distintas expresiones de la cultura política nacional. Sin embargo, liberales, socialistas, conservadores y comunistas las asimilaron de manera diferenciada desde formas de acción emergentes, residuales y hegemónicas. Esta distinción remite al debate propuesto sobre las subculturas o culturas políticas. Berstein y Hunt, desde distintos programas de investigación, han identificado la existencia de tendencias dentro de un sistema político que se expresan en formas particulares de concebir la acción pública, además de expresiones específicas que rivalizan sobre las relaciones de poder y su transmisión, el papel que desempeñan los sujetos en la sociedad y las visiones sobre el pasado, el presente y el futuro[51].

Esta distinción nos permite entender un escenario marcado por culturas políticas plurales que evolucionan de manera singular y cuyas dinámicas se manifiestan en formas de acción diferenciadas sobre una comprensión de la naturaleza del sistema político. Pensar las culturas políticas permite una mirada más atenta al estudio de un sistema de representaciones, complejo y heterogéneo, que tiene la capacidad de orientar la comprensión y el sentido que un determinado grupo se atribuye sobre la realidad en un contexto histórico específico. En otras palabras, se trata de discernir las modalidades comunes en que las culturas políticas definieron sus formas de acción asociadas a la vida impresa, pero que, vista en términos de sus proyectos políticos, adoptaron significados singulares para cada una de estas agrupaciones: los conservadores procuraron

50 Berstein, "La cultura política", 390; Ângela de Castro Gomes, "Historia, historiografía y cultura política en Brasil: algunas reflexiones", *Ayer. Revista de Historia Contemporánea* 70, n.º 2 (2008): 129.

51 Berstein, "La cultura política", 359; Lynn Hunt, *Political, culture and class in the French Revolution* (University California Press, 1984), 13.